

# *La segunda visita de Juan Pablo II: el desafío de la justicia y la reconciliación*

*Rodolfo Cardenal*

## Resumen

Los preparativos revelan cuál es la situación de la Iglesia, en concreto, el reencuentro de ésta con el Estado, el capital y el ejército, sus debilidades y sus divisiones internas, provocadas por el cambio de rumbo en la arquidiócesis. La visita del Papa y su mensaje se interpretan desde la perspectiva oficial, solemne y fría que predominó en la eucaristía y desde el encuentro más festivo y popular en la plaza Cívica, frente a la catedral metropolitana. Al final se recojen las diversas reacciones.

Las visitas de Juan Pablo II a El Salvador y Nicaragua fueron incluidas en el itinerario papal en un segundo momento. Inicialmente, el Papa sólo había aceptado la invitación de los obispos guatemaltecos a conmemorar los cuatrocientos años de la devoción del Cristo negro de Esquipulas, pero, según una fuente bien informada, a instancias del nuncio en El Salvador, el país se incluyó en el plan de viaje.

A diferencia de la visita anterior a los seis países del área, en marzo de 1983, ésta no fue concebida unitariamente. Hace trece años, el Papa se dirigió a todos los países del istmo en Roma, al iniciar su viaje, y en cada una de sus intervenciones

en cada uno de los países. El horizonte regional estuvo muy presente entonces. En esta ocasión, cada visita fue concebida individualmente, lo cual le quitó fuerza al mensaje papal.

Estas páginas quieren llamar la atención sobre los puntos relevantes de la visita del Papa a El Salvador el 8 de febrero. Más que una descripción detallada de los hechos, se busca reflexionar sobre lo que esos hechos significan. Se trata, pues, de profundizar sobre una experiencia pastoral de alcance nacional para aprender y sacar consecuencias para el futuro. Los preparativos de la visita son especialmente importantes en cuanto muestran la realidad eclesial salvadoreña actual. La visita

misma no sólo refleja esa realidad, sino que, además, intenta marcar el rumbo del país y definir claramente la misión de la Iglesia en el futuro inmediato.

## 1. Los preparativos

Una vez anunciada la visita para el 8 de febrero, comenzaron los preparativos, los cuales predominaron de tal forma que se dejó casi totalmente de lado la preparación del pueblo de Dios para el acontecimiento. Los preparativos se volvieron especialmente importantes no sólo por su cantidad y volumen, sino porque reflejan la situación de la Iglesia salvadoreña en la actualidad. De ahí que interesen más por la realidad eclesial que muestran que por su significado inmediato.

### 1.2. El reencuentro de la Iglesia con los poderes mundanos

El hecho más sobresaliente de los preparativos es el inusitado interés del gobierno puesto que, en la visita de 1983, guardó una distancia respetuosa y cortés. Pero en esta oportunidad, el gobierno ocupó un lugar central en los preparativos al punto de poder afirmar sin exageración que se apropió de la segunda visita de Juan Pablo II a El Salvador. El presidente de la república y su esposa presidieron junto con el nuncio y el arzobispo de San Salvador las sesiones de trabajo y las conferencias de prensa más importantes. El gobernante y su esposa supervisaron personalmente algunos aspectos de los preparativos.

Más aún, el gobierno sorprendió al país asumiendo los elevados costos de la plataforma para la eucaristía y del vehículo, entre otras cosas, y haciendo un generoso donativo para concluir la catedral metropolitana —cinco millones más una promesa de otros diez que serán entregados posteriormente. Semejante liberalidad sorprende en un gobierno que está imponiendo medidas de austeridad extrema sobre las clases populares para reducir el déficit fiscal. El incremento del impuesto al valor agregado, de algunos servicios y el despido masivo de empleados públicos no concuerda con la generosidad gubernamental. No olvidemos que todo ese dinero salió de los impuestos y no de las cuentas personales del gobernante.

El interés gubernamental en la visita papal no responde a una preocupación genuina en su carácter pastoral ni al respeto que debiera tener a la religiosidad popular. El gobierno se apropió indebidamente de la visita de Juan Pablo II para sacar provecho político. Se trata de un gobierno y de un presidente que todavía no han podido proyectar una imagen positiva. La figura de Juan Pablo II representaba una oportunidad única para derivar de ella la imagen pública que ni el uno ni el otro han hallado en la gestión gubernamental. Asimismo, el gobierno pretendía que su proximidad con el Papa contribuyera a limpiar su pasado de violaciones masivas y sistemáticas de los derechos humanos y de persecución a la Iglesia, incluso de profanaciones a la eucaristía y a las personas consagradas, todo lo cual se ha negado obstinadamente a reconocer. Entre los crímenes se encuentran los asesinatos de dos obispos, el de Mons. Oscar Romero y el de Mons. Joaquín Ramos, ordinario castrense. Nadie podría poner en duda la legitimidad de un gobierno tan identificado con la figura de Juan Pablo II.

Así, lo que debió ser una visita pastoral, en la cual el aspecto estatal debía ocupar un lugar secundario, fue convertido en una visita de Estado, donde lo pastoral se volvió marginal. El gobierno

El gobierno se apropió indebidamente de la visita de Juan Pablo II.

unió los escudos y las banderas de El Salvador y del Vaticano en la extensa campaña propagandística que precedió la llegada del Papa, como si se tratase de la visita de un jefe de Estado de cualquier nación del mundo, y utilizó el lenguaje de Juan Pablo II, como si se tratase de la visita de un dirigente religioso. Los grandes medios de comunicación social se encargaron de presentar al presidente de la república en estrecha relación con los preparativos de la visita. De esta manera, se violentaron el deseo expreso de Juan Pablo II de hacer una visita pastoral y el espíritu de la Constitución salvadoreña que no reconoce ninguna religión oficial. Más aún, unos días antes de la visita, en un cenáculo mariano, el presidente de la república consagró públicamente El Salvador a la Virgen María, en un acto de dudosa constitucionalidad, puesto que el Estado salvadoreño es expresamente laico.

El gran capital secundó el interés gubernamental en la visita de Juan Pablo II. Reconocidos miembros

bros de este sector integraron las comisiones más importantes, ocupando sus puestos directivos. Entre estas comisiones se destaca la dedicada a concluir la catedral metropolitana, presidida por el presidente de uno de los bancos más grandes del país e integrada por otros reconocidos miembros del sector comercial y financiero. La comisión se comprometió a reunir otros quince millones de colones como contrapartida al donativo gubernamental. Este dinero será recolectado entre los grandes capitales, tal como se hizo para financiar algunos de los gastos de la visita del Papa. En efecto, con este propósito, los responsables de las diferentes comisiones presionaron a los posibles donantes de la misma forma que, en otras ocasiones, recogieron dinero entre ellos con fines políticos y contrarios al derecho, a la ética y la fe. Este respaldo financiero es lo que permitió acelerar los trabajos para concluir la catedral y hacer de la visita de Juan Pablo II un espectáculo religioso.

El propietario del monopolio más importante de medios de comunicación social fue puesto al frente de la comisión del mismo nombre. Fiel a sus principios empresariales, intentó monopolizar la radio y la televisión, excluyendo a sus competidores comerciales y a quienes ofrecen alternativas populares e incluso religiosas, favoreciendo a sus empresas. Estas presiones para monopolizar la visita del Papa fueron respaldadas por el gobierno y encontraron eco en algunos círculos eclesiásticos. El gobierno incluso pretendió obligar a las emisoras confesionales no católicas a transmitir en cadena la visita. Al final se acordó que los actos protocolarios y oficiales serían transmitidos únicamente por la cadena nacional del gobierno y la empresa privada, dejando en libertad a las emisoras para usar discrecionalmente el resto del tiempo. Las emisoras no católicas no fueron obligadas a formar parte de la cadena nacional.

La ambientación para la visita, financiada y promovida en gran medida por el gobierno y el capital, se caracterizó por un despliegue propagandístico exagerado, interesado y encubridor. Exagerado por su volumen y duración —un mes antes de la llegada del Papa saturaron los grandes medios de comunicación social—; interesado, porque utilizaron la figura del Papa como propaganda



para promover sus intereses políticos y económicos y encubridor porque relacionaron vacuamente a Juan Pablo II con la paz, la esperanza y la reconciliación, ocultando los verdaderos problemas del país, que son los que el Papa debía enfrentar, denunciar e iluminar para ayudar a encontrarles una solución ética y cristiana.

La propaganda mencionó mucho al Papa, pero sin prestar atención a su mensaje. Recogieron su llamado de 1983 para que todos fuéramos artesanos de la paz, pero prescindieron de las condiciones que el mismo Juan Pablo II estableció para alcanzar la paz verdadera así como también del cuestionable estado en el cual se encuentra la transición de postguerra. Se silenció la extensión y profundización de la pobreza, el elevado índice de muertes violentas, la mayoría de las cuales no es investigada, la impunidad y la corrupción. El go-

bierno, el capital y el ejército hicieron de la paz un tema central de su discurso papal. Presentaron la paz como algo dado y pidieron frívolamente al Papa que la consolidase, pero sin mencionar la necesidad de verdad y justicia. Estos silencios resultaron escandalosos, puesto que el magisterio de Juan Pablo II se caracteriza, precisamente, por su insistencia en la justicia y la verdad.

A esto hay que agregar la proliferación de camisetitas, toallas, llaveros, abanicos, estampas, afiches, botones, sellos postales, etc., con la imagen del Papa. Algunos adquirieron los derechos para usar la imagen del pontífice en el arzobispado, pero otros simplemente la usaron. Dado que los medios de comunicación social mantuvieron el tema en sus emisiones diarias durante un mes, la figura del Papa resultó pequeña para llenar un espacio tan desproporcionadamente grande. Al silenciar el magisterio de Juan Pablo II se tuvo que recurrir a la repetición y la vanalidad —se especuló sobre si el Papa viajaba con su cocinero y se preguntó por el menú.

Haciéndose eco de esta perspectiva propagandística, circularon dos folletos doctrinales, uno sobre la Iglesia y otro sobre el Papa. Su tiraje fue pequeño y su contenido abstracto, pues no se relaciona la doctrina sobre la Iglesia con la situación del país. En realidad, se trata de una lectura moderada y más bien desencarnada del Vaticano II, enfatizando la dimensión jerárquica de la Iglesia. Llama poderosamente la atención la ausencia del magisterio latinoamericano de Medellín y Puebla así como a la tradición martirial salvadoreña. El celo mal entendido llevó a algunos sacerdotes a hacer afirmaciones heterodoxas, declarando que el Papa era el mismo Cristo y su palabra, la palabra de Cristo. Asimismo, la mariología mal entendida se hizo sentir cuando otro proclamó que el Papa también era vicario de la Virgen María.

Este enfoque doctrinal desencarnado ignora que, en su primera visita, Juan Pablo II habló de las aspiraciones de un pueblo sediento de paz, verdad y justicia, deseoso desde hacía mucho tiempo de ver la realización de los conceptos genuinos de libertad, dignidad de la persona y justicia social. En aquella ocasión, el Papa enfatizó que la reconciliación no es signo de debilidad o vileza, tampoco implica renuncia a la justicia y a la defensa de los pobres y marginados; que la reconciliación es un encuentro entre hermanos, dispuestos a superar la tentación del egoísmo y a renunciar a la pseu-

dojusticia, y fruto de sentimientos fuertes, nobles y generosos, los cuales conducen a la instauración de una convivencia, fundada en el respeto a cada persona y a los valores de cada sociedad. El discurso papal no olvida ni se desentiende ni se muestra indiferente ante la realidad nacional.

A la Iglesia universal, Juan Pablo II le ha recordado insistentemente su compromiso con la paz y la construcción de una sociedad justa y pluralista y, por consiguiente, su obligación de ser voz de quienes no tienen voz, de velar por la promoción de la justicia y el respeto de los derechos humanos como "perro guardián". Juan Pablo II no se desentiende de las realidades humanas injustas y recuerda a las instancias estatales, civiles y eclesiales sus obligaciones. No oculta la justicia en la paz.

El discurso oficial, plagado de desconocimientos y vacíos, estaba destinado a reforzar en la conciencia colectiva la idea de que en El Salvador la paz es un hecho. Por lo tanto, la guerra y la paz serían cosa del pasado. El presidente Calderón declaró emocionado en la nunciatura que la visita del Papa era un premio por haber cumplido satisfactoriamente con los deberes de la paz. Los conflictos sociales actuales serían obra de unos cuantos provocadores. En consecuencia, en El Salvador ya no habría nada grave de lo cual Juan Pablo II pudiera hablar, denunciar o iluminar; tampoco habría cosa alguna de la cual arrepentirse o cambiar. La conclusión implícita de la propaganda es que la visita del Papa no tiene más relevancia histórica que confirmar lo que el gobierno y el capital han logrado ya, puesto que, en la práctica, no habría nada que modificar. La palabra vacía y el silencio sobre la grave situación del país de la propaganda oficial buscaban quitar mordiente al mensaje de Juan Pablo II.

Hubo, pues, mucha propaganda y muy poco mensaje pastoral y teológico, lo cual se tradujo en poca preparación religiosa. En cambio, en Nicaragua, los obispos, encabezados por el arzobispo de Managua, crearon un ambiente religioso popular muy vivo. Para ellos, la visita del Papa tenía mucho de desagravio y de reafirmación ante los enemigos de la Iglesia, quienes incluso la atacan con bombas. La Iglesia y el gobierno nicaragüense se prepararon para reparar los desplantes que el Papa tuvo que sufrir durante su primera visita. No obstante este ambiente, hubo diversos intentos para que la visita fuese más reconciliadora que reivindicativa. Algunos se atrevieron a proponer

un encuentro privado fraternal de Juan Pablo II con Ernesto Cardenal que borrara el inolvidable "regaño" del Papa al poeta rebelde, que dio la vuelta al mundo en 1983.

Así, pues, los preparativos muestran las nuevas relaciones entre la Iglesia, el Estado y el capital. Aquella permitió conscientemente que éstos se apropiaran de forma indebida de la visita del Papa hasta el punto de convertirla en una visita de Estado y casi exclusivamente para ellos. En palabras de un obispo salvadoreño, el Estado y el capital "secuestraron" a Juan Pablo II. Las imágenes transmitidas por la televisión el 8 de febrero confirmaron esta percepción al mostrar al Papa rodeado de jerarcas eclesiásticos, altos funcionarios gubernamentales y grandes capitalistas. El pueblo sólo sirvió de marco a la visita, por lo tanto, ocupó un lugar marginal en las calles y plazas de la capital, por donde el Papa pasó o estuvo.

Los primeros lugares en los encuentros con el Papa los ocuparon los representantes del poder. Llamó poderosamente la atención el tiempo que el Papa dedicó a los familiares y amigos del presidente de la república, quienes lo retuvieron más de lo debido en un interminable besamanos, mientras la plaza Cívica aguardaba abarrotada de jóvenes y religiosos. Hubo mucha discusión para seleccionar a las personas que comulgarían de mano del Papa, predominando los representantes del poder establecido en detrimento del pueblo, causando escándalo en algunos sectores sociales. Se llegaron a ofrecer hasta 50 mil colones por ocupar un lugar en el coro y así poder estar cerca del pontífice.

La brecha abierta por la injusticia, la represión y la persecución desde mediados de la década de los setenta entre la Iglesia y el Estado, el capital y el ejército pareciera haberse cerrado, al menos a nivel de jerarquía eclesiástica. Pero no porque la injusticia hubiese desaparecido, o al menos retrocedido significativamente, o porque la represión contra el pueblo y la persecución contra la Iglesia hubiesen sido explicadas y reparadas, sino por el olvido de ambas partes. El interlocutor de la Iglesia ya no es el pueblo de Dios, sino el Estado, el capital y el ejército.

Las ventajas de este reencuentro, fundado en el

Los preparativos muestran las nuevas relaciones entre la Iglesia, el Estado y el capital.

olvido de las dolorosas e injustas realidades pasadas y en el desconocimiento de las presentes, ya está dando sus frutos. Las ayudas financieras para construir o reparar templos, abrir emisoras, etc., son cuantiosas. Cálculos conservadores estiman que el costo directo de la visita de Juan Pablo II ascendió a los 9 millones de colones, pero otros duplican esa cantidad. Esta generosidad es la que hizo de la visita de Juan Pablo II un gran espectáculo religioso. De hecho, El Salvador ha sido el país centroamericano que más ha derrochado en esta ocasión.

## 1.2. La debilidad de la Iglesia

El reencuentro ha sido posible porque la Iglesia, en concreto su jerarquía, lo ha buscado expresamente. La jerarquía eclesiástica no pudo resistir la tentación y salió al encuentro del poder político y económico, poniendo en grave peligro su independencia y su libertad evangélica. Este reencuentro es presentado como una reconciliación necesaria del poder eclesiástico con los poderes de este mundo —el político, económico y militar—, como si ambos no pudieran coexistir respetando sus respectivas competencias y jurisdicciones, en un contexto laico.

La reconciliación también tiene un lado pragmático para la Iglesia, espera obtener de ella grandes ventajas sociales, políticas y económicas, algunas de las cuales ya se comenzaron a sentir. Para la mayor parte de la jerarquía eclesiástica estas ventajas mundanas son muy importantes para cumplir su misión, tanto que ha relegado al olvido la injusticia y la persecución. Esas ventajas y el desentendimiento de la realidad del país han hecho posible que la conferencia episcopal se haya reconciliado con el ejército, aunque éste no pidió perdón ni dio explicación alguna. Así, pues, quienes antes temían a la Iglesia por su actitud valiente, veraz y profética ahora se encuentran acogidos por ella y, por el contrario, quienes antes se sentían defendidos y protegidos por ella, en la actualidad se sienten abandonados.

El fortalecimiento que la Iglesia pueda experimentar de esta reconciliación basada en el olvido, el encubrimiento y el desentendimiento de la suerte del pueblo salvadoreño es más aparente que

real. Históricamente está demostrado que la identificación acrítica de la Iglesia con el Estado, en el corto plazo, debilita a la primera. Al desentenderse del país, de su pueblo y sus problemas, la Iglesia puede ser controlada y manipulada fácilmente por el Estado y el capital. Los preparativos para la visita de Juan Pablo II lo muestran claramente. Ha aumentado el aprecio y el apoyo económico de los poderes de este mundo a la Iglesia, pero en la misma proporción ha disminuido su prestigio y credibilidad ante el pueblo.

Peor aún, la Iglesia ha comenzado a experimentar la pérdida de libertad. En las negociaciones para determinar el espacio de los medios de comunicación social, la arquidiócesis no pudo hacer prevalecer sus criterios, en detrimento incluso de sus propios intereses. Los planos arquitectónicos originales de la plataforma donde el Papa presidió la eucaristía tuvieron que ser alterados para dar cabida a la numerosa comitiva oficial. Las invitaciones para ocupar un sitio privilegiado alrededor de la tarima fueron hechas en nombre del presidente de la república y la conferencia episcopal.

Los preparativos para la visita evidencian la falta de vitalidad de la Iglesia salvadoreña. La vitalidad de una Iglesia no se puede medir por su capacidad propagandística para movilizar a grandes masas. La propaganda es efímera así como la movilización de las masas es puntual. La propaganda y la movilización no reflejan necesariamente la profundidad de la fe ni de la evangelización. Ahora bien, los preparativos mostraron el nuevo poder de convocatoria de la jerarquía para aglutinar al gobierno y al gran capital. Este poder permitió saturar de propaganda los medios de comunicación social y los lugares públicos, construir la plataforma más grande del área centroamericana, remodelar el vehículo papal con un costo elevado — en cambio, Guatemala y Nicaragua prestaron a otros países el vehículo utilizado por el Papa—, avanzar notablemente la conclusión de la catedral, lanzar al aire una emisora arquidiocesana en frecuencia modulada y obtener un terreno para construir un templo expiatorio, que no se pudo hacer después de la primera visita, precisamente por falta de dinero. Se ganó mucho en obra física, pero se perdió una buena oportunidad para renovar en profundi-

dad la fe y la esperanza de los salvadoreños.

La presencia masiva del pueblo y el recibimiento entusiasta que hizo al Papa no pueden interpretarse por lo que aparentan. La gente se movilizó por una mezcla de religiosidad popular, curiosidad e interés por ser testigo de algo único e irreplicable como es la visita de un Papa al país. Más allá de las manifestaciones externas late una aspiración profunda que desea encontrar consuelo, dignidad y esperanza en el representante universal de la Iglesia, precisamente, porque no las encuentra en las realidades cotidianas. La historización de esas aspiraciones dependerá de lo que suceda después de la visita.

Una Iglesia fuerte y creativa, recogería el mensaje de Juan Pablo II.

Una Iglesia fuerte y creativa, recogería el mensaje de Juan Pablo II y no sólo lo repetiría, sino que sacaría de él sus consecuencias prácticas para orientar su acción pastoral y social.

Juan Pablo II sembró, así como lo hizo en 1983. En ese entonces, la Iglesia arquidiocesana, en concreto Mons. Rivera, vio confirmado su compromiso con el diálogo y la negociación. Un compromiso que la mayoría cuestionaba o no entendía. Pero la debilidad y la falta de libertad que caracterizan a la Iglesia salvadoreña de 1996 pueden llevar a relegar las enseñanzas de Juan Pablo II o a suprimir su incidencia pastoral y social, tal como ha hecho con su magisterio sobre la justicia social y la verdad. Existe el peligro de que la jerarquía eclesial se refugie en el recuerdo nostálgico de un gran día de fiesta. Si esto llegara a suceder, la Iglesia salvadoreña sería infiel a la misión que se le encomendó y la concreción de las aspiraciones del pueblo de Dios tendría que seguir aguardando.

Ni el clero, ni las religiosas y religiosos ni mucho menos los laicos fueron consultados sobre los aspectos importantes de la visita, los cuales fueron decididos a muy alto nivel y al margen de la estructura arquidiocesana. A los primeros sólo se les informó y, en algunos casos, se les pidió alguna colaboración concreta. Los más activos fueron aquellos movimientos católicos integrados por miembros de las clases altas y medias altas, caracterizados, además, por un espiritualismo exagerado. De hecho, ésta es la opción pastoral de la mayoría de los obispos salvadoreños en la actualidad.

Tampoco se propició la reflexión sobre el

acontecimiento. Al pueblo se le dijo repetidamente que se preparase espiritualmente —rezando, confesándose y comulgando— y colaborase materialmente, dando dinero. Hasta en los detalles pequeños se le quitó la iniciativa, puesto que todo fue determinado por las comisiones próximas al arzobispo, pero invisibles para el resto del pueblo de Dios. Más aún, la reconciliación en la que tanto insistió la propaganda fue entendida, incluso por la conferencia episcopal, en un sentido abstracto, exclusivamente sacramental y espiritualista.

Finalmente, los preparativos mostraron una conferencia episcopal cansada y poco creativa. La mayoría de sus miembros es de edad avanzada y ajena a los grandes problemas nacionales e incluso apartada de la problemática pastoral de sus respectivas diócesis. A diferencia de las otras conferencias episcopales centroamericanas, la salvadoreña tenía muchísimos años sin publicar un documento pastoral orientador y animador de la fe. Tuvo que venir el Papa para que publicara un mensaje, reconociendo que, a pesar de los cambios de la post-guerra, “los problemas sociales persisten con dramática gravedad, haciendo muy difícil la vivencia cotidiana de la paz. Porque no podemos estar en paz cuando la extrema pobreza, la inseguridad y el desempleo golpean con crueldad a tantos hermanos y hermanas. No es posible vivir en paz, si la muerte acecha en los recodos de los caminos y en las calles de la ciudad. No es posible experimentar la paz, si no somos capaces de resolver los conflictos sociales mediante la búsqueda común de soluciones realistas y apegadas a la justicia”.

Aunque la conferencia episcopal reconoce que esta situación injusta y violenta debe terminar para poder hacer realidad la paz y la reconciliación, esenciales al evangelio, su compromiso se diluye al declarar que su contribución se reduce al “mensaje y la obra redentora de Jesucristo”. A partir de las escuetas palabras de la conferencia episcopal, pareciera que el aporte más original de la Iglesia a la paz y la reconciliación ya lo habría hecho el mismo Jesús en la cruz, de tal modo que a los obispos simplemente les corresponde recordarlo: “No hablamos simplemente de reconciliación social, sino de la reconciliación que se realiza en la cruz de Cristo, mediante el ministerio de la Iglesia...”. La dimensión so-

cial de la reconciliación desaparece del panorama, pues los obispos exhortan únicamente a la preparación espiritual —rezar y confesarse—, dejando de lado la sentencia evangélica, citada por ellos mismos, que advierte que no se puede llevar una ofrenda al altar si antes uno no está reconciliado con su hermano.

### 1.3. Nubarrones sobre los preparativos

Dos hechos ensombrecieron los preparativos: la toma de la catedral metropolitana por los trabajadores despedidos del Ministerio de Obras Públicas y la división de la Iglesia, descubierta por la prensa nacional e internacional en vísperas de la llegada del Papa al país.

Los trabajadores despedidos del Ministerio de Obras Públicas en virtud del Decreto 471 se tomaron la catedral de San Salvador durante más de una semana, en la primera quincena de enero, interrumpiendo las obras. Algunos de los despedidos se declararon en huelga de hambre en el portón principal del templo. Las autoridades políticas y eclesiásticas calificaron la protesta de los despedidos como una profanación y algunos incluso pidieron su excomunión. Este enfoque desvió la atención del verdadero problema. No se discutió si los despedidos eran justificados, ni si la ley se había aplicado justamente, sino si la catedral estaría concluida para cuando el Papa llegara, si se había profanado un lugar sagrado e incluso se llegó a decir que la ocupación ponía en peligro la visita misma. El gobierno fue el más interesado en relacionar la ocupación de la catedral con la llegada del Papa. Según el comunicado oficial, los despedidos querían impedir la visita. Los grandes medios de co-



municación social enfatizaron la posibilidad de una excomunión.

El arzobispo de San Salvador se encontró atrapado entre la lealtad a un gobierno que estaba financiando generosamente los preparativos para la visita del Papa y la certeza de que los despedidos tenían derecho a un empleo estable y a una vida digna. Para salir de esta paradoja, el arzobispo se esforzó por separar lo divino de lo humano. El despido de miles de empleados públicos sería ajeno a lo divino, por lo tanto, carecía de sentido utilizar un medio sagrado para resolver un problema eminentemente humano. En cuanto tal, éste debiera ser resuelto por los trabajadores y el gobierno, con la mediación de la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos, desocupando de inmediato la catedral. En este contexto, el arzobispo hizo repetidos llamados al diálogo y a la apertura a ambas partes.

Aduciendo que no podía mediar en el conflicto por ser parte ofendida, el arzobispo se negó a intervenir directamente. En realidad, quería evitar la confrontación de un espinoso problema laboral. En consecuencia, argumentando que se trataba de un delito, dejó su resolución en manos de la policía. De hecho, pidió un desalojo por la fuerza, pero pacífico, bajo la responsabilidad exclusiva de las autoridades de seguridad pública. Sin embargo, ésta se mostró poco dispuesta a intervenir, sin duda, escarmentada por la ola de protestas que se levantó por el abuso de fuerza con el que desalojó a un grupo de desmovilizados de un edificio público, en noviembre de 1995. Prudentemente, seguridad pública dejó que la misión de Naciones Unidas y la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos consiguieran el desalojo pacífico de los despedidos.

Los mediadores consiguieron que los ocupantes abandonaran el templo, después de permanecer en él más de una semana, confiados en que el gobierno buscaría una alternativa aceptable para ambas partes. Las promesas fueron hechas a la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos. Un día antes del desalojo, la Procuradora para la Defensa de los Derechos Humanos denunció que el menos flexible en las negociaciones había sido el gobierno, el cual, obviamente, no tomó en serio los insistentes llamados del arzobispo.

La ocupación de la catedral trastornó la cuidadosa planificación de arquitectos e ingenieros. En-

tonces, argumentando que aquélla no estaría preparada el 8 de febrero —no obstante que los técnicos pensaban que se podían hacer arreglos provisionales— y la enorme cantidad de jóvenes, religiosos, religiosas y miembros de las asociaciones y los movimientos católicos que querían asistir al acto programado dentro del templo, el arzobispo anunció que dicha actividad tendría lugar en el estadio Flor Blanca, donde ya no habría problema de espacio, pero prácticamente imposibilitaba la visita del Papa a la catedral.

La comisión vaticana responsable de la preparación de la visita echó por tierra estos planes y decidió que el acto tendría lugar en la fachada principal de la catedral, en la plaza Cívica. De esta manera, se dispondría del espacio de la plaza y el Papa podría bajar a la cripta para orar otra vez ante la tumba de Mons. Romero.

A comienzos de febrero, pocos días antes de la llegada del Papa, la prensa descubrió que la Iglesia salvadoreña estaba dividida. El primero en hablar de división fue el obispo de Santa Ana, quien aseguró que la teología de la liberación todavía divide a la Iglesia, que sus representantes participaron en la guerra activamente y que los acuerdos de paz están imbuidos de marxismo. Sin embargo, el arzobispo de San Salvador salió al paso y negó enfáticamente la existencia de división, aduciendo como prueba irrefutable la unidad existente alrededor de la visita de Juan Pablo II.

La prensa, en cambio, alegó como señales claras de división el cambio de dirección y profesores del Seminario San José de la Montaña, la expulsión de varios seminaristas, los planes para trasladar al obispo auxiliar de la arquidiócesis, Mons. Rosa, a otra diócesis, el cierre de la radio YSAX —la emisora de la arquidiócesis conocida internacionalmente por difundir las homilias de Mons. Romero— y de *Cáritas* arquidiocesana y el malestar existente en el clero arquidiocesano por estas y otras decisiones relacionadas con la organización eclesial. A los señalamientos de la prensa se agregó el malestar, bastante generalizado, por la participación desproporcionada del gobierno y de la gran empresa privada en los preparativos de la visita.

¿Qué hay de cierto en estos señalamientos de la prensa? En la conferencia episcopal se discutió bastante sobre la orientación del seminario principal del país. A la mayoría de los obispos le parece que la formación sacerdotal que ahí se imparte es

deficiente; pero Mons. Rivera era de la opinión contraria. Reconocía la existencia de deficiencias, pero valoraba positivamente la labor del centro de estudios. Mientras vivió, la conferencia episcopal no pudo cambiar la orientación del seminario.

El meollo de la discusión versa sobre la concepción que tienen los obispos sobre la formación del clero. La mayoría de ellos quisiera un sacerdote ajeno a las realidades sociales, con una "espiritualidad" desencarnada y con una formación no "contaminada" por las nuevas corrientes bíblicas, teológicas y morales. En realidad, este problema es muy antiguo. En 1972, la conferencia episcopal expulsó a la Compañía de Jesús del mismo seminario por una disputa similar. Los criterios conciliares de acuerdo a los cuales aquélla quería formar a los seminaristas resultaron muy progresistas para los obispos salvadoreños de entonces.

Es evidente que con el nuevo arzobispo, Mons. Rosa tiene menos espacio para desempeñarse como obispo auxiliar. Cuando Mons. Rivera era arzobispo, alternaban la misa y la homilía dominical; en la actualidad, a Mons. Rosa sólo se le permite sustituir al arzobispo cuando éste se encuentra fuera de la arquidiócesis. Mons. Rosa fue un fiel y eficiente colaborador de Mons. Rivera y en cuanto tal no es bien visto por la nueva dirección de la arquidiócesis. No hay que olvidar que era el candidato de la mayor parte de ésta para ocupar la sede vacante y esto, más su proximidad a Mons. Rivera, sin duda, influyeron para que no fuera nombrado arzobispo. Rumores bien fundados afirman que en la conferencia episcopal se ha discutido intensamente el destino de Mons. Rosa —quien probablemente será nombrado obispo coadjutor de San Miguel.

La YSAX y *Cáritas* arquidiocesana cerraron sus puertas por falta de dinero. Hasta ahora, sus presupuestos habían sido financiados por el arzobispado; pero aparentemente éste ya no se encuentra dispuesto a continuar haciéndolo. En realidad, lo que se ha hecho es sustituir la emisora vinculada al magisterio de Mons. Romero y a la larga tradición de la arquidiócesis por otra más potente en frecuencia modulada (radio *Pax*), cuya adquisición e instalación ha sido financiada por el capital empresarial. La nueva emisora comenzó a transmitir el 8 de febrero y el arzobispo la presentó al Papa durante su saludo como uno de sus mejores logros. Dado que esta clase de emisora no puede autofinanciarse, está por verse cómo sobrevivirá.



El cierre de *Cáritas* ha sido interpretado como falta de sensibilidad para comprender la necesidad de la población que se beneficiaba con sus programas asistenciales.

Puede ser que cada una de estas decisiones sea independiente y la prensa las haya reunido artificiosamente, pero es innegable que, en su conjunto, indican un cambio de dirección importante en la arquidiócesis y son fuente de un malestar cada vez más generalizado entre el clero y algunos sectores laicos. Los hechos muestran que la nueva autoridad eclesiástica quiere desvincularse de la tradición arquidiocesana de medio siglo, relegando al olvido a los dos últimos arzobispos y su significado para el país y la Iglesia. Simultáneamente, quiere dar la impresión que todo sigue igual, que los cambios son normales y que la dirección actual está en consonancia con la tradición arquidiocesana.

La reacción del arzobispo que negó tajantemente algunos de los señalamientos de la prensa, mientras que otros los explicó como algo completamente normal, no convenció. La prensa siguió

preguntando cómo encontraría Juan Pablo II a la Iglesia salvadoreña. En el avión, mientras cruzaban el Atlántico, los periodistas preguntaron al Papa si el nombramiento del nuevo arzobispo de San Salvador no significaba una ruptura con la tradición arquidiocesana. Juan Pablo II respondió que desconocía el problema y añadió que el jefe de prensa del Vaticano le acababa de informar que el arzobispo actual había sido confesor de Mons. Romero, lo cual mostraría la confianza existente entre ambos. En realidad, Mons. Romero tuvo como confesores a miembros del Opus Dei antes de ser arzobispo. El confesor de sus tres últimos años no pertenecía a esta institución, tal como consta en su diario pastoral.

Asimismo, los periodistas también preguntaron al Papa sobre la teología de la liberación. La prensa superficial hizo de esta teología latinoamericana uno de los objetivos principales del viaje papal. Juan Pablo II respondió que los obispos le habían dicho que la teología de la liberación ya no representaba problema. Según sus declaraciones, recogidas rápidamente y tergiversadas por la prensa salvadoreña, la teología de la liberación habría caído con el muro de Berlín. Pero tal como lo muestran los cables de la prensa internacional, al responder en estos términos, el Papa hablaba de una teología de la liberación más marxista que cristiana. Prueba de ello es que destacó que, concluidos los conflictos armados y establecidas las democracias, aún quedaban por resolver los problemas sociales y el de la verdadera justicia. Por eso, Dom Pedro Casaldáliga y Leonardo Boff, desde Brasil, recordaron que mientras haya injusticia y violencia, será necesaria la teología de la liberación.

Probablemente no sea exacto afirmar que existe división en la Iglesia salvadoreña, pero sí desconcierto y malestar. La simple existencia de los señalamientos anteriores, confirmados por algunas fuentes eclesiásticas, da pie para pensar que la arquidiócesis se encuentra en crisis. La unidad que los preparativos para la visita papal pudiesen haber generado será transitoria. La razón de este desconcierto serían los cambios importantes introducidos por la autoridad eclesiástica, orientados a relegar al pasado lo más cristiano de la tradición arquidiocesana, su compromiso con

la verdad, la paz y la justicia, y sus mártires.

El futuro de la arquidiócesis y de la Iglesia salvadoreña es incierto. El magisterio pontificio con toda su riqueza, amplitud y complejidad podría ser asumido como línea fundamental de compromiso pastoral para aunar fuerzas y así construir la unidad alrededor de la misión eclesial; pero si éste es relegado o vanalizado, las consecuencias para la Iglesia y el país podrían ser muy negativas.

## 2. La visita

La visita no podía ser muy diferente de los preparativos. No es extraño, entonces, que la prensa la haya considerado ostentosa —así como la de Guatemala la encontró desordenada y la de Nicaragua, alegre y efusiva. No se tuvo reparo alguno en reconocer que la presencia de Juan Pablo II en El Salvador era una ventana abierta al mundo por la que había que mostrar la democracia, la paz y el bienestar. Se aprovechó una ocasión prácticamente única para intentar borrar de la conciencia colectiva nacional e internacional las dudas y los cuestionamientos existentes sobre el futuro del país en la postguerra y para atraer la inversión extranjera.

Independientemente de si éste era el interés primario del gobierno y de la empresa privada, el objetivo se cumplió satisfactoriamente. Desde esta perspectiva, los generosos donativos de ambos deben considerarse como una inversión para promover la imagen de lo que suelen llamar el nuevo El Salvador. Le guste o no a la jerarquía eclesiástica salvadoreña y vaticana, la visita —y por qué no decirlo también— y la persona del Papa fueron hábilmente manipuladas.

La visita tuvo dos partes claramente diferenciadas: las formas externas (la música) y el mensaje (la canción). Los preparativos mismos y el manejo que la

mayoría de las personalidades gubernamentales y eclesiásticas, secundadas por los grandes medios de comunicación social, hicieron de la visita, enfatizó la música de tal manera, que la canción quedó relegada a un segundo plano.

### 2.1. La multitud deseaba ver al Papa

Decenas de miles de salvadoreños se tendieron a lo largo de la ruta del Papa para verlo pasar y

Probablemente no sea extraño afirmar que existe división en la Iglesia, pero sí desconcierto y malestar.

quizás recibir una mirada compasiva y una bendición. La multitud esperó al Papa pacientemente durante muchas horas. En algunos puntos del largo recorrido se aglomeró más gente que en otros. Parroquias, colegios y centros católicos se apoderaron de algunos tramos para hacerse presentes, cantar, saludar y ver pasar al Papa. Algunos corrieron en bicicleta a la par del vehículo papal, en el carril libre de las grandes avenidas. Hubo gente que corrió de un sitio a otro para verlo pasar varias veces, pues la primera no fue suficiente.

El recorrido estaba adornado profusamente con mantas, carteles, arcos, palmas, gallardetes y alfombras. Junto a las expresiones populares de bienvenida estaban las del gobierno y la empresa privada. Mientras las primeras pedían la pronta beatificación de Mons. Romero, las otras se limitaban a dar la bienvenida. Algunos mensajes intentaron comunicar la situación de pobreza en la que vive la mayoría de los salvadoreños. En una manta se podía leer, "Bienvenido al país de la pobreza y la miseria". Otra daba la bienvenida "a la tierra de Mons. Romero".

Tanto en la eucaristía como en la plaza Cívica, frente a la catedral metropolitana, la multitud congregada fue inmensa. Los creyentes comenzaron a reunirse en el sitio donde tuvo lugar la eucaristía desde la víspera. Muchos de ellos participaron en una vigilia, en la cual leyeron la Biblia, cantaron, rezaron y danzaron —dirigidos por un grupo ecuménico que, por cierto, tuvo mucho éxito. Los jóvenes se reunieron frente a la catedral unas horas antes de la llegada del Papa en un ambiente festivo. Pero así como la eucaristía fue más solemne, distante e incluso fría, el acto de la catedral fue más popular, hubo largos aplausos, gritos y fiesta. Si en la primera, a la cual asistió el gobierno y el gran capital en pleno, se notó la ausencia de Mons. Romero; en la segunda, su figura y el clamor de la multitud por una beatificación pronta llenaron el ambiente. Los organizadores no pudieron impedir que los congregados cantaran "El sombrero azul" y "Sólo le pido a Dios".

No obstante la tendencia a exagerar la cantidad de gente que recibió al Papa, es innegable que hubo multitud. Una multitud movida por la devoción y la alegría, la curiosidad y la admiración, que de alguna manera esperaba que la presencia de Juan Pablo II confirmase su fe, sanase sus enfermedades, calmase sus angustias y les garantizase un futuro mejor. "Si no supiera que es hombre, diría que es un muñeco... un muñeco muy lindo",

confesó una anciana. No obstante estos sentimientos populares, no faltó el comercio de recuerdos de toda clase, comidas, estampas, libros, etc. "Vaya a dos colones la Virgen María y a peso el Sagrado Maestro", anunciaba una mujer; "Dígale 'te amo' al Papa con un globo", gritaban unos niños.

Para la inmensa mayoría de la gente congregada lo más importante era ver al Papa. Pero este deseo tan humano y cristiano no fue satisfecho plenamente. El vehículo se desplazó demasiado rápido. Por eso los ancianos no lo pudieron ver bien con sus ojos débiles. Otros se quejaron porque habían esperado largas horas sólo para verlo pasar muy rápidamente. De hecho, el vehículo no se detuvo en aquellos lugares donde se dieron cita algunos coros. Tampoco la multitud lo pudo ver bien en la plataforma, desde la cual presidió la eucaristía, porque ésta era demasiado elevada y la manta que lo protegía del sol estaba demasiado baja; la sede papal no destacaba suficientemente del altar que estaba delante y de los obispos que la rodeaban; no hubo facilidades para que el Papa saliera al borde de la plataforma y desde ahí saludara a la multitud congregada. Ni siquiera el clero, colocado en el tercer nivel de la plataforma, lo pudo observar detenidamente. En la catedral se le vio mejor, pero estaba demasiado lejos y no todos tuvieron acceso al lugar. Los organizadores de la visita no pensaron mucho en esta necesidad tan hondamente sentida por la población salvadoreña que no pudo ver al Papa como quería.

La otra nota discordante del día la dio la Policía Nacional Civil y los responsables de la seguridad, todavía inexpertos en el manejo de las multitudes. No obstante que la comisión vaticana que supervisó la organización de la visita, pidió expresamente relajar las medidas de seguridad, la policía impidió a los periodistas cumplir con sus tareas, rompió acreditaciones, golpeó personas y maltrató creyentes que querían ver al Papa.

Ni los años ni las contrariedades han pasado en balde, el Juan Pablo II que regresó a El Salvador lució envejecido, cansado y más ajeno de lo ordinario a lo que sucedía a su alrededor. Sus intervenciones fueron menos directas e incisivas que las de 1983. Los discursos y mensajes de hace trece años fueron bastante mejores por su consistencia evangélica y doctrinal, por su vigor y su pertinencia a la realidad centroamericana. Pese a que la huella de la edad, las enfermedades y las responsabilidades era inocultable, la gran prensa se

esforzó por asegurar que el Papa gozaba de muy buena salud.

De todo esto queda la sensación de haber vivido una jornada intensa, aunque no completamente realizada por no haber podido ver bien al Papa. Algunos lo vieron dos y tres veces, otros sólo una. En la multitud predominaron la devoción y la alegría. En una palabra, en muchos salvadoreños, la música de la jornada resonará durante algún tiempo. Sin embargo, hay que profundizar en el contenido de la visita, porque de ello dependerá que ésta se reduzca a un momento coyuntural muy intenso o sea un estímulo para profundizar la fe y alimentar la esperanza del pueblo salvadoreño.

## 2.2. El mensaje de Juan Pablo II

El tono de la dimensión formal de la visita lo dio el presidente Calderón al recibir a Juan Pablo II, en el aeropuerto militar de Ilopango. Rodilla en tierra, el presidente y su esposa besaron protocolaria e impecablemente el anillo del Papa. Después de oír los himnos respectivos, Calderón comenzó su saludo oficial, el cual aprovechó para repetir su conocido discurso: la paz es un hecho consumado, la democracia es plural y representativa, el gobierno está dedicado a promover el desarrollo económico y la inversión social para erradicar la pobreza y convertir El Salvador en un país de oportunidades para todos, la dignidad y la promoción de la persona ocupan el centro de la atención gubernamental.

Del saludo presidencial, dirigido no solamente al Papa, sino también a la comunidad internacional que tenía su atención puesta en El Salvador, se deduce que en El Salvador no existen mayores problemas de pobreza, violencia, violación de los derechos humanos, corrupción, impunidad y autoritarismo. Ocultando las dificultades que el cumplimiento de los compromisos adquiridos en los acuerdos de paz ha presentado en el pasado reciente y todavía presenta en la actualidad y las presiones que ha habido que ejercer para obligar al gobierno a cumplir en los tiempos estipulados, el presidente Calderón dijo, sin ningún reparo, que "aquel sabio y oportuno llamado que nos hizo Su Santidad... de convertirnos en artesanos de la paz... no sólo nos movió a la búsqueda de la pacificación, sino también a la consecución de una paz que permitiera establecer

las bases sólidas para iniciar la construcción de una sociedad sustentada en el respeto a los derechos de la persona humana y orientada por la verdad, la libertad y la justicia".

El presidente Calderón olvidó muy oportunamente que cuando Juan Pablo II hizo ese llamado, el 6 de marzo de 1983, el gobierno y ARENA acusaban de traición a la patria a quienes estaban en favor del diálogo y la negociación. Los antiguos cuerpos de seguridad y algunos miembros de ARENA —conocidos como los "bomberos"— se dedicaron a poner bombas en las residencias de quienes abogaban por una salida política al conflicto armado. La negociación fue aceptada con mucha dificultad por ambas partes, pero sobre todo por el gobierno y el ejército, que hasta el último momento forcejearon para evitarla y, al final, según testimonio de un negociador gubernamental, firmaron los acuerdos de paz conscientes de que se trataba de un simple compromiso sobre el papel, es decir, pensaron que lo podrían desconocer cuando así les conviniera.

¿Cómo contradecir al presidente de la república sobre el estado de su propio país? Es impensable que el jefe del Estado Vaticano desautorice a su anfitrión. Más aún, después que el presidente Calderón reconoce que la visita de Juan Pablo II es el "bálsamo que viene a borrar las cicatrices de aquella tragedia, que sólo será recordada como una lección histórica, para que nunca se vuelva a repetir" y declara que sus "convicciones cristianas" lo comprometen "con el respeto a la vida del ser humano desde su concepción", era humana y diplomáticamente inaceptable recordar por qué esas cicatrices —el Papa habló de "heridas" en su homilía— no han sanado y siguen abiertas.

Juan Pablo II fue colocado en el contexto del discurso oficial y, una vez ahí, no pudo abandonarlo para hablar libremente.

Juan Pablo II fue colocado en el contexto del discurso oficial y, una vez ahí, no pudo abandonarlo para hablar libremente, en coherencia con su ense-

nianza social. Exceptuando algunas afirmaciones rápidas, el Papa orientó su mensaje principal a analizar la lección histórica de la guerra civil salvadoreña. Al concentrarse en el pasado, la homilía escabulló el presente y el futuro inmediato. El pasado era un terreno más seguro para no herir la susceptibilidad del gobierno que lo invitó y asistió

en pleno a escucharlo, para no entorpecer el reencuentro de la Iglesia con el Estado, el capital y los militares, promovido por la autoridad eclesiástica, y, quizás también, para no colocar en aprietos a un episcopado cuya mayoría de sus integrantes no se ocupa debidamente de las realidades del país.

El arzobispo de San Salvador, sin embargo, al saludar al Papa, al comienzo de la eucaristía, le presentó las necesidades más urgentes del país: "el fagelo de la violencia irracional que salpica de luto la amable convivencia de este sufrido pueblo", "los serios problemas de paro y graves dificultades para cubrir las necesidades básicas" causados por los reajustes económicos, los "recelos que impiden la franca cooperación de todos en el logro del bien común", y "el rudo impacto de la secularización que pretende imponerse a través de esquemas de vida importados".

El Papa, por su lado, concedió créditos inmerecidos a la conferencia episcopal salvadoreña en la búsqueda de la paz y la reconciliación. En realidad, cuando Mons. Rivera habló de la necesidad del diálogo y de la negociación y cuando promovió los primeros encuentros entre las partes enfrentadas, la mayoría de los obispos lo criticó e incluso algunos lo atacaron en público. Ni siquiera la Secretaría de Estado del Vaticano lo comprendió, tanto que el mismo FMLN tuvo que defender su postura en Roma varias veces. Todavía hoy, el presidente de la conferencia episcopal se atreve a desautorizar en público los acuerdos de paz, alegando que están plagados de ideas marxistas. No es cierto, pues, que la conferencia episcopal en cuanto tal se haya comprometido con el proceso de pacificación del país. Aparte de pedir oración y acudir al sacramento de la confesión, el episcopado tampoco se ha distinguido por promover la reconciliación nacional, al menos no en los términos propuestos por el magisterio pontificio.

Los reconocimientos públicos del Papa a la conferencia episcopal salvadoreña podrían explicarse como una simple deferencia hacia los obispos o por falta de información en el Vaticano o quizás como un recurso para comprometer al episcopado en la transformación y evangelización del país. En cualquier caso, el deseo de Juan Pablo II es claro: quiere que el episcopado como un todo



se comprometa en la consecución de la reconciliación, la justicia y la paz. Por eso es tan importante el recuerdo que hace de los tres últimos arzobispos de San Salvador, tanto en el país como en Roma. En la audiencia del miércoles 14 de febrero añadió convencido que "la conmovida memoria de los tres amados pastores y de su testimonio ha reavivado en todos la voluntad de trabajar unidos por la reconstrucción de un mundo más humano".

Haciéndose eco del discurso oficial, Juan Pablo II reconoce que el país ha cambiado en los trece años que pasaron desde su primera visita. La guerra ha terminado y habrá "frutos de reconciliación y justicia". Sin detenerse a analizar la postguerra y su problemática, concretamente los obstáculos que impiden la justicia y la reconciliación social, precisamente ahora que ya no hay conflicto armado, el Papa se vuelve hacia el pasado para preguntarse por la causa de los males causados por la guerra.

La causa última, según el análisis del Papa, es "el pecado que está en el corazón del hombre". La causa inmediata está en el conflicto este-oeste que hizo de la región centroamericana "un polígono de tiro" estratégico. Desde esta perspectiva, la explicación del conflicto armado la encuentra en "ideologías políticas y económicas opuestas, como el marxismo y capitalismo desenfrenados" (Homilía, 2). El Papa condena esas ideologías por ser "ajenas a vuestro carácter y tradición de valores humanos y cristianos", y porque "en sus expresiones más radicales no respetan la persona... y llegan a veces a atentar violentamente contra el carácter sagrado de la vida humana" (Homilía, 2). Muchas muertes

violentas, mucho luto y muchas lágrimas se hubiesen evitado si, "renunciando al egoísmo y sin ceder a dichas ideologías y sistemas, se hubiera emprendido, por parte de todos, un camino de justicia, de fraternidad verdadero, de progreso social" (Homilía, 3).

Juan Pablo II explica que mira al pasado para "implorar la misericordia divina sobre las víctimas de la guerra", para recordar a quienes impulsaron el proceso de paz, "incluso a costa del sacrificio de su vida" y para invitar a la reconciliación, "fuente de todo perdón y solidaridad fraterna" (Homilía, 3). No obstante su importancia, esta explicación es insuficiente porque no saca todas las consecuencias. Ciertamente, recordar a las víctimas es muy importante, pero faltó añadir que aún no se les ha hecho justicia ni se ha reparado su memoria tal como lo recomienda la Comisión de la verdad. Hay que agradecer a quienes trabajaron por la paz, pero además es de justicia rendir homenaje a quienes como Mons. Romero, Mons. Rivera, Ignacio Ellacuría y tantos otros se esforzaron por hacerla realidad. Hay que agradecer la invitación del Papa a la reconciliación, pero es necesario profundizar en su sentido cristiano y en los pasos que deben darse para alcanzarla, sobre todo cuando se la entiende como el simple olvido del pasado.

De todas maneras, se puede intuir lo que Juan Pablo II piensa sobre la problemática actual, extrapolando las causas de la guerra y recordando sus palabras de hace más de una década. En su homilía de 1983, Juan Pablo II atribuyó la guerra a la injusticia social y al egoísmo. Pero ahora ha insistido en las ideologías marxistas y capitalistas desenfrenadas. Trece años después, de todas esas causas, sólo el marxismo ha desaparecido. El egoísmo es constatable en la acumulación de riqueza en manos de unos pocos como nunca antes había sucedido en el país, en la falta de solidaridad individual y social, y en la violencia generalizada. El capitalismo sigue siendo tanto o más voraz y devastador que antes de la guerra. Por lo tanto, la injusticia social todavía es una realidad que clama al cielo. No fue mera casualidad que las lecturas de la eucaristía estuviesen centradas en la justicia como fundamento de la paz en la versión de Isaías o en la justicia como fruto de la paz, según el texto de Santiago.

La reconciliación en la que el Papa está pensando tiene, pues, una doble dimensión. A nivel personal se debe erradicar el egoísmo, pero a nivel

social se debe trabajar para eliminar la violencia, la falta de solidaridad y sobre todo para intentar moderar la carrera desenfrenada del capitalismo. En este contexto deben entenderse los llamados a "afianzar el proceso de paz" y "edificar una sociedad nueva" (la "civilización del amor"), todo lo cual podría llevarse a cabo con "una apropiada pedagogía del perdón", "ya que han sido tan fuertes los contrastes y tan demoledores sus efectos" (Homilía, 4). Sus últimas palabras, antes de abordar el avión y refiriéndose a la región centroamericana, fueron más explícitas al pedir trabajar "en favor del bien común, de modo que se superen la angustia causada por la pobreza, las desigualdades injustas, el desprecio de los derechos inalienables y los límites a las libertades fundamentales" (Despedida, 5).

Estas últimas palabras son muy importantes porque en ellas Juan Pablo II vuelve al presente. La pobreza, las desigualdades injustas, la violación de los derechos humanos y de las libertades fundamentales son las causas del sufrimiento de cientos de miles de centroamericanos en la actualidad. De nuevo, el egoísmo, el capitalismo y, en una palabra, la injusticia social. En consecuencia, el Papa pidió a todos esforzarse por suprimir las fuentes de tanto mal. Pareciera que, pese a las presiones oficiales, el Papa no se quiso ir sin al menos apuntar por dónde debe caminar la reconciliación.

En su homilía, Juan Pablo II insistió en el perdón como medio para alcanzar la reconciliación. Recordó que el evangelio manda perdonar a los enemigos y puso como ejemplo de este perdón a "los mártires de todos los tiempos". Pese a que su perdón es "la prueba decisiva y la manifestación fehaciente de la radicalidad del amor cristiano" (Homilía, 4), el Papa no mencionó a ningún mártir, lo cual extrañó mucho, puesto que era el lugar apropiado para recordar a los mártires del pueblo salvadoreño y de manera particular a Mons. Romero, tal como lo hizo en su homilía de 1983, cuando dijo que "trató... de que cesara la violencia y se restableciera la paz. Al recordarlo, pido que su memoria sea siempre respetada y que ningún interés ideológico pretenda instrumentalizar su sacrificio de pastor entregado a su grey".

La ausencia de Mons. Romero y Mons. Rivera en la homilía fue muy llamativa, pero muy comprensible humanamente, puesto que recordarlos habría molestado muchísimo al gobierno, al partido oficial, al ejército y al gran capital. En

cambio, el pueblo habría saludado su memoria con sonoros aplausos. Los dos últimos arzobispos que tanto trabajaron por la paz y la reconciliación estaban fuera de lugar en la eucaristía.

El tratamiento abstracto que la homilía da al perdón parece insinuar que éste es simétrico —quien quiera alcanzar el perdón de Dios, primero debe perdonar a sus enemigos—, es decir, todos debiéramos perdonar a todos sin mayores complicaciones o cuestionamientos. Las víctimas de la guerra deberían perdonar a los militares y los habitantes de las zonas marginadas deberían hacer otro tanto con quienes viven en las zonas más exclusivas de la capital. Ciertamente, hay que desterrar el odio, el deseo de venganza y el rencor del corazón, pero el perdón no obvia la justicia. La reconciliación auténtica se fundamenta en el perdón y en la justicia. El mismo Juan Pablo II ha declarado que los países pobres juzgarán a los países ricos al final de los tiempos. Por lo tanto, no hay simetría.

El perdón no es simétrico porque las ofensas no lo son, por consiguiente, el arrepentimiento, el propósito de enmienda y la reparación de los daños causados son necesariamente diferentes. Es bastante claro que la homilía no quería profundizar en la reconciliación y en el perdón, pues de lo contrario, hubiera acabado cuestionando o contradiciendo el discurso oficial, que se esfuerza por alcanzar ambas cosas olvidando. El cálculo humano y político pudo llevar a pensar que era mejor no cuestionar y así tampoco incomodar a los poderes de este mundo, esperando conseguir su conversión con un simple llamado. Pero desde una perspectiva evangélica, el pastor está obligado a cuestionar, aunque incomode o levante protestas airadas.

Este vacío sobre el perdón es peligroso, aparte de que mutila el evangelio, avala indirectamente la ley de amnistía, que también se fundamenta en el olvido y así contribuye activamente a mantener la impunidad, incluso en aquellos crímenes que son imprescriptibles por ser contra la humanidad. El lenguaje de la homilía es tan cauteloso que habla de “contrastes” donde debiera decir conflicto o enfrentamiento.

El acto frente a la fachada principal de la catedral metropolitana rompió con el discurso oficial. Comenzó más o menos de acuerdo a lo previsto por los organizadores. En su saludo, el arzobispo enfatizó la presencia del vicario de Cristo, la de los jóvenes, la de las religiosas que tanto aportan

en la pastoral arquidiocesana y sobre todo la de los seminaristas. La dinámica del acto cambió cuando Juan Pablo II recordó el sentido histórico de la catedral, cosa que al arzobispo se le pasó por alto. El Papa recordó que la catedral está “estrechamente ligada a los gozos y esperanzas del pueblo salvadoreño”. En ella, continuó el Papa, descansan los restos de Mons. Luis Chávez, “prelado modelo de virtudes”; de Mons. Romero, “brutalmente asesinado mientras ofrecía el sacrificio de la misa y ante cuya tumba recé en mi anterior visita pastoral” y de Mons. Rivera, “que entró en la eternidad después de haber visto despuntar en el horizonte la paz por la que... había trabajado incansablemente”. Apartándose del texto oficial, el Papa añadió que bajaría a la cripta para rezar otra vez ante la tumba de Mons. Romero. Así, Juan Pablo II rindió tributo a los tres grandes arzobispos de San Salvador.

Mientras tanto, una abigarrada multitud de jóvenes, adultos y religiosos y religiosas pedía a gritos la beatificación de Mons. Romero. El monitor quiso desviar la atención de la multitud lanzando vivas al Papa, pero fue inútil. El gran ausente en la propaganda y en la eucaristía se hizo presente, acompañado por las figuras de Mons. Chávez y Mons. Rivera. “Estoy seguro”, dijo el Papa, “de que ellos interceden por la Iglesia a la que amaron y vivieron hasta el fin de sus días y a la que dejan un mensaje particularmente elocuente”. Juan Pablo II no sólo rindió tributo a los tres arzobispos, sino que los puso como modelo a seguir.

En esta línea, la Comisión Episcopal de Juventud pidió formalmente, en un documento entregado al Papa (ver la sección “Documento especial” en esta edición), que animara a la Iglesia “a ser fiel a la tradición profética que nos han heredado nuestros pastores” y “a mantener vigente una opción no sólo afectiva, sino efectiva por los pobres y los jóvenes” y, además, le solicitó interceder para que Mons. Romero, “a quien los jóvenes reconocemos como mártir, profeta de la esperanza, pastor alegre y modelo de vida de santidad”, fuera beatificado pronto. Así, la Iglesia universal, continúa el documento, “le reconocerá como el pontífice que llevó a los altares a Mons. Romero”.

La Conferencia de Religiosos de El Salvador y el Consejo de Organizaciones Eclesiales de Laicos Arquidiocesanos también hicieron la misma petición. Las veinticinco organizaciones de laicos declaran haber “aprendido de Jesucristo y de nues-

tros pastores que el cristianismo es vida y testimonio concreto del evangelio... y que la más grande expresión de este amor se da en el martirio. Así lo creemos, así lo hemos visto testimoniado y así intentamos vivirlo”, por lo tanto, desean que “una vez cumplidos todos los procedimientos canónicos establecidos, ver a nuestro venerado pastor en los altares, gozando del reconocimiento oficial de la Iglesia y descubrir en su ejemplo la integridad del ser cristiano, entregado a la voluntad de Dios a través del servicio a los pobres”.

No obstante el clamor popular que subía de la plaza Cívica, Juan Pablo II no se quiso comprometer explícitamente con acelerar la beatificación de Mons. Romero; sin embargo, haciendo un gran esfuerzo físico —y disgustando a más de algún alto jerarca eclesiástico—, bajó a la cripta de la catedral, donde volvió a rezar ante la tumba del arzobispo mártir así como también ante las de los otros dos arzobispos. No cabe duda, pues, que tanto Mons. Romero como Mons. Rivera son modelos de cristiano y obispo para Juan Pablo II.

Los jóvenes y los religiosos denunciaron los efectos devastadores de la pobreza, la desilusión y el desánimo, el neoliberalismo, la corrupción, el narcotráfico y la drogadicción, la prostitución y el consumismo. “Se nos sigue diciendo que somos el futuro, pero cada día la sociedad nos cierra las posibilidades de realización, marginándonos y excluyéndonos de la educación, el trabajo y la vida social... Se nos sigue alienando, a través de los medios de comunicación social, instrumento deshumanizador de ese sistema de muerte que es el neoliberalismo”, dicen los jóvenes con lucidez en su documento y agregan, “creemos en la vida y en la esperanza. Muchos jóvenes gastamos nuestras vidas en el proyecto de Jesús porque creemos en el reino que se anuncia a los pobres y luchamos por construir en nuestro país una sociedad reconciliada y en paz, una sociedad basada en la verdad, la justicia, la dignidad de las personas, la libertad en Cristo, la solidaridad y la fraternidad...”. Mientras el Papa descendía a la cripta, los jóvenes comenzaron a leer su documento desde la tarima, pero no pudieron concluirlo porque les cerraron los micrófonos.

En la catedral, Juan Pablo II proclamó un men-

saje que es buena noticia para El Salvador, puesto que recordó lo mejor que tiene el país. En la catedral, el pueblo despidió a Rutilio Grande y a Mons. Romero; es lugar de testimonio de pecado y gracia, de masacres y celebraciones masivas, de profecía y utopía. La catedral es la cátedra y la tumba de Mons. Romero. Pero el Papa fue más allá y recordó lo mejor de la tradición de la Iglesia salvadoreña: un pueblo firme y creativo y, por eso mismo, perseguido por el gobierno, la oligarquía y el ejército. Finalmente, el Papa dijo algo sumamente importante para orientar el camino de la Iglesia en el futuro: el mensaje de los tres últimos arzobispos es “particularmente elocuente”. Por lo tanto, hay que dar continuidad a esa tradición y encarnar ese mensaje.

Al despedir oficialmente al Papa, el presidente Calderón, esta vez sin papeles y visiblemente emocionado, se comprometió a trabajar por la justicia social. Asumió este compromiso como una misión recibida del Papa: “no le fallamos en su primera visita y conseguimos la paz. No le fallaremos

ahora en conseguir la justicia social”. No obstante que el presidente de la república se comprometió públicamente ante el vicario de Cristo, existen dudas

Tanto Mons. Romero como Mons. Rivera son modelos de cristiano y obispo para Juan Pablo II.

razonables sobre su voluntad y capacidad para cumplir, pues en el pasado reciente, su partido combatió a quienes promovieron la paz. Tampoco se puede afirmar con la seguridad con la que él lo hace que se ha cumplido con la paz. De todas maneras, es bueno para el país que el presidente de la república se haya comprometido ante el pueblo salvadoreño y Juan Pablo II a impulsar la justicia social.

### 2.3. Las reacciones

Las reacciones a la visita sorprenden por su unanimidad aparente. Casi todos, prescindiendo de ideologías e intereses, dicen estar de acuerdo con el Papa. Nadie se siente cuestionado o conmocionado. Predomina un sentimiento de satisfacción peligroso. El gobierno considera que el Papa confirmó sus políticas, por lo tanto, ahora podrá seguir adelante con la bendición papal. La oposición afirma que el Papa condenó las políticas económicas y sociales vigentes y, por consiguiente, habría aprobado la postura que propone cambios impor-

tantes en el rumbo del país. La prensa y la Iglesia coinciden en haber vivido una jornada apoteósica. Los que salieron a ver pasar al Papa también se sienten consolados.

Esta satisfacción general es fruto de la superficialidad y la ideologización extrema. La presidenta de la asamblea legislativa subrayó que el Papa había condenado el comunismo, olvidando que también rechazó el capitalismo desenfrenado con el agravante que el primero ya desapareció. El dirigente de la bancada del FMLN en la asamblea legislativa dijo que el Papa había condenado el neoliberalismo, tema del cual no habló en El Salvador, pero sí en el avión en el que cruzó el Atlántico y muy claramente en Venezuela. El mismo arzobispo de San Salvador, cuando le preguntaron si introducirla la realidad del país en sus homilías, respondió que no era necesario, porque su enfoque era eminentemente moral e inspirado en la doctrina social de la Iglesia.

No se puede aceptar el mensaje de Juan Pablo II y seguir haciendo lo mismo. Mucho tiene que cambiar el país y su dirección política y eclesial para aproximarse a las enseñanzas de Juan Pablo II. Claro, nadie se atreve a discrepar públicamente del Papa. Es más fácil aceptar formalmente su mensaje y continuar como siempre, pero ahora recomfortado por la intensa emoción religiosa provocada por su visita.

¿A qué se debe esta ambigüedad? En primer lugar, a que la propaganda y la emoción de la religiosidad popular exaltan exclusivamente las formas externas, relegando el contenido. Para mover a las masas es necesario lo primero, pero para transformar el país es mucho más importante lo segundo. Las expresiones externas ayudan, sin duda, pero son efímeras si no se concretizan en acciones. Lamentablemente, lo que tiende a quedar es la exterioridad y así, el mensaje papal se esfuma, ahoga en los recuerdos de un día inolvidable.

Pero eso no es todo. La enseñanza de Juan Pablo II fue más clara en Venezuela, donde habló de injusticias sociales, de la idolatría del dinero y del placer, de la pobreza de la mayoría de la población y de graves problemas económicos y sociales. La situación salvadoreña no es muy diferente de la venezolana. Entonces, ¿por qué el Papa no tocó esos temas en nuestro país? ¿Por qué no iluminó con su magisterio los graves problemas sociales que impiden construir la paz y alcanzar la reconciliación?

Juan Pablo II conoce perfectamente bien las consecuencias del neoliberalismo en Centroamérica y en el resto de América Latina. Cuando cruzaba el Atlántico dijo a los periodistas espontáneamente que ahora el problema mayor eran "las injusticias sociales", las cuales constituyen "un desafío para la sociedad y para la Iglesia". Concluido el conflicto armado, la pobreza y la injusticia pasan a primer plano. El final de la guerra no ha puesto fin al conflicto más importante de la injusticia social.

No obstante, en El Salvador, el Papa no insistió como se esperaba en este grave problema, concentrándose en el análisis de las causas del conflicto armado, porque así se lo pidieron quienes organizaron la visita. Al preparar un viaje, el Vaticano pregunta a los responsables de la Iglesia local sobre la situación y pide sugerencias. El viaje a El Salvador no ha sido la excepción. ¿Cuál habría sido la reacción del gobierno y del capital si el Papa hubiese hablado con la misma claridad con la que lo hizo en Venezuela? Mientras el presidente venezolano lo recibió diciéndole que había muchos y graves problemas sociales que "lejos de esconderlos, os los encomendamos, para implorar vuestro consejo, para suplicaros la fuerza de vuestra oración ante el Altísimo y de vuestro mensaje ante los detentadores del poder económico y político", el presidente salvadoreño le habló de un país maravilloso e irreal. El primero habló de realidades, el segundo hizo propaganda para atraer la inversión extranjera.

En efecto, la visita de Juan Pablo II a El Salvador fue considerada como una ventana abierta al mundo que el gobierno y el capital aprovecharon muy bien para mostrar un país democrático y próspero, alegre y devoto. Con esto intentaron borrar el pasado de violaciones masivas de los derechos humanos, las escandalosas injusticias sociales, las resistencias y, consecuentemente, los retrasos para cumplir con los compromisos adquiridos en los acuerdos de paz y la violencia generalizada que azota a la población. Desde esta perspectiva no es exagerado afirmar que tanto el Papa como la Iglesia fueron utilizados para proyectar una imagen falsa de El Salvador.

Desde la perspectiva de la autoridad eclesial, la visita de Juan Pablo II reforzó el reencuentro de la Iglesia con el Estado, el capital y el ejército. Al adoptar una perspectiva anacrónica y tratar la

reconciliación y el perdón en términos fundamentalmente abstractos, pasando por alto los obstáculos que los impiden en el presente, el discurso papal encajó bastante bien en el discurso oficial, fundamentado en el olvido. Precisamente, el olvido es lo que ha posibilitado el reencuentro de la Iglesia con los poderes mundanos. Llama la atención que en esta segunda visita a El Salvador, el Papa no haya hecho ni una sola alusión a la verdad, con la cual el país está en deuda.

El Vaticano mismo interpretó el viaje en estos términos. Al regresar a Roma, el Secretario de Estado declaró que con la desaparición de las "ideologías", los diversos grupos sociales habrían redescubierto que la colaboración entre ellos es posible. Refiriéndose expresamente a El Salvador, explicó que "van comprendiendo que solamente con la colaboración entre los grupos sociales, entre todos, se puede progresar". Es decir, la razón del conflicto serían unas ideologías que habrían impedido la convivencia, pero una vez desaparecidas éstas, las relaciones sociales estarían recuperando, más o menos automáticamente, su supuesta bondad previa y la colaboración sería de nuevo posible, y con ella, el progreso.

Juan Pablo II, sin embargo, valoró de manera ligeramente diferente su viaje a Centroamérica. En su audiencia del miércoles 14 de febrero declaró que los países centroamericanos deben "enfrentar urgentes problemáticas como la relación capital trabajo y la gestión de los bienes" y agregó que los esfuerzos para la reconstrucción requieren "un mayor esfuerzo de justicia social". Refiriéndose específicamente a El Salvador, recordó que es una "tierra lacerada en el reciente pasado por violentos

conflictos entre facciones ideológicas opuestas, donde la Iglesia ha desempeñado un papel determinante para la reanudación del diálogo y la pacificación, pagando un altísimo precio en sangre, sobre todo con sus pastores, entre los cuales es muy venerado el arzobispo Oscar Arnulfo Romero, asesinado en 1980".

Así, pues, los que quisieron que Juan Pablo II se desentendiera de la realidad centroamericana no lo lograron del todo. Indudablemente, respaldó el reencuentro de la jerarquía salvadoreña con los poderes de este mundo, pero puso como modelo de obispo y cristiano a Mons. Romero. No se detuvo en los obstáculos del perdón y la reconciliación, pero reconoció que el primer problema del país y de la Iglesia es la injusticia social, fuente de división y de muchísimo sufrimiento. Su visita sirvió bien los intereses humanos y políticos, pero también dio esperanza a quienes mantienen la opción por los pobres.

Es prematuro predecir si la visita de Juan Pablo II a El Salvador impulsará la reconciliación nacional, la justicia social y la paz duradera. Ello dependerá de la disponibilidad del gobierno y del capital para acoger su mensaje y ponerlo a producir, pero sobre todo dependerá del compromiso de la Iglesia, entendida como un todo, con la utopía cristiana. Una cosa es segura, la Iglesia salvadoreña no puede cumplir la misión que el Papa le dio al despedirse, en el aeropuerto de Ilopango, y continuar como hasta ahora. Para ser fiel al Papa, la Iglesia debe convertirse a la verdad y la justicia y, entonces, también a la paz.